

# Ayúdenme

ÁLVARO FIERRO CLAVERO

2º Premio del III Premio de Relatos

**N**o tengo mucho tiempo. Mi nombre es Melchor Frías y no debo de tener más allá de cuarenta años, calculo yo. Lo de las canas es reciente, ya les contaré. Y lo del sudor en las manos, les juro por lo más sagrado que es la primera vez en mi vida que me sucede. Como lo oyen. La primera vez. Yo siempre me he tomado la vida con tranquilidad y en muchas ocasiones me he visto con el agua al cuello, pero jamás he perdido los papeles de esta manera. Menuda racha llevo. Pero yo tengo que contarles algo. Verán. Necesito urgentemente que me ayuden. No se dejen llevar por mi aspecto de persona recién levantada ni por mi aliento. Ya sé que es desagradable, pero les aseguro que no es culpa mía. Así me hicieron. Por más que le he dado vueltas, no consigo encontrar en mí un solo rasgo que me convierta en alguien interesante para ustedes, y miren que me va mucho en ello. Bien pensado, ¿por qué iban a querer ustedes ayudarme a mí en lugar de ayudar a otro? Les es mucho más cómodo ignorarme y volver a ocuparse de lo que se estuvieran ocupando antes de empezar a leer, fuese lo que fuese. Miren. Mi altura es normal, mi color de pelo es castaño, mis ojos ya hace tiempo que cogieron un color sin nombre y no soy lo que se dice simpático. Ni siquiera mi vulgaridad me ha vuelto inteligente. Para más señas, una vez, de pequeño, me pusieron un diez en geografía e historia, pero se trató de un mero error de transcripción que se subsanó en cuanto los padres de Gustavo Bárcenas, que todavía me acuerdo de su nombre, reclamaron. Era la primera vez que su hijito del alma suspendía y, miren ustedes por dónde, me quedé sin el único diez que el azar quiso otorgarme. Sin embargo hay algo que quizá les llame la atención en mí. Todo lo que les he contado hasta ahora de mi carácter, mi altura, mi color de pelo, es falso. Parece verdadero pero en realidad es falso. Aunque no se lo puedan ustedes creer. Más falso que Judas. ¿Que cómo lo sé? Muy sencillo. Porque ustedes están leyendo un cuento, y los cuentos son obras de ficción. Ya sé que hay autores a los que da gusto leer y que le hacen sentir al lector que se va a encontrar con uno de los personajes de la historia en cuanto salga de casa por la puerta, pero incluso las historias de esos autores son mentira, por más que a ustedes y a mí nos cueste aceptarlo. Como lo oyen. En el mejor caso se trata de lo que enfáticamente se denomina “una historia real”, ya saben, vulgares reconstrucciones hechas a posteriori, a partir de unos recuerdos personales o de los testimonios que el autor pudo recoger de unos y de otros. Pues bien, yo soy un personaje secundario de una novela de acción. Una de esas obras que están escritas para ser llevadas al cine con bien de muertos y de tiros, algunas dosis de sexo y un desenlace abierto que dé pie a una segunda parte. Les diré el título. La novela se titula “No basta con ser malvado”, de Arturo Pérez-

Reverte. Ya saben lo que se suele decir en estos casos, que más vale ser cola de león que cabeza de ratón, y puestos a elegir prefiero cincuenta veces ser un mero figurante de una novela que se va a vender bien y que me va a dar publicidad, a ser un protagonista de una novela de Manuel Longares o de Luis Mateo Díez, dicho sea con todos los respetos hacia uno y otro, que me han comentado otros compañeros de la novela que aparecieron en obras de alguno de los dos que son gente decente y siempre tienen detalles contigo, te dan un aire interesante o ponen en tu boca alguna frase más o menos perdurable como “¡Cuidado! Podrían confundirse los dos maletines” o bien “Espero que nos volvamos a ver en esta vida, que a la otra no sé si llegaremos”. A ver si se creen ustedes que Pepe Carvalho empezó en las novelas de Vázquez Montalbán desde sus comienzos, que sé de buena tinta que procede de una novela por entregas que se publicó en un diario cuyo nombre ocultaré porque luego todo se sabe y esto podría costarme un disgusto. Lo cierto es que estábamos en plena novela de acción, una historia de traficantes de drogas en la que sorprenden a unos delincuentes a cincuenta metros de la costa gallega cuando se disponen a descargar un alijo de heroína. En el preciso instante en que el protagonista, que me cae fatal y se llama

Anselmo Cifuentes, desembarca de la planeadora, se encienden unos focos y se oye una voz que conmina a todos los tripulantes a entregar sus armas y levantar las manos. Yo estaba detrás de unas cañas que hay justo donde termina la arena, esperando a que Arturo me hiciera pasar con la moto por la carretera cercana para que tuviera lugar la frase: “el amargo ronquido de un ciclomotor sacó a Anselmo Cifuentes de su ensimismamiento. No, no era un sueño, los planes habían fracasado y no sabía cómo reaccionar ante la insolencia de la luz que irisaba las gotas de sudor de su arrugada frente”. ¿Se acuerdan de lo que les dije? Las historias son falsas. Yo, efectivamente, pasé por la carretera y hasta es posible que a causa de ello Anselmo Cifuentes saliera de su ensimismamiento, pero pasé en una moto, una Yamaha 500, azul para más señas, que buenos dineros me costó, no en un maldito ciclomotor. Así ¿cómo voy a llegar a salir en las historias de Álvaro Pombo? ¿Montado en un vulgar cacharro? Miren que me preocupé de que quedara claro el asunto, hablé con todo bicho viviente para que mi personaje tuviera cierta relevancia, para colmo me compro la moto dos o tres semanas antes de que Arturo se ponga a escribir la historia porque sé positivamente que a él no le gusta que haya nada a estrenar en sus novelas, y todo para que al final se me haga pasar por una carretera cualquiera de noche cerrada y montado en un vulgar ciclomotor. Si pasé acelerando para que no quedaran dudas de ningún tipo, Dios mío. Que si quieres arroz, Catalina. Por eso no sentí pena cuando, una vez que hube recorrido los quinientos metros que más o menos calculo yo que hicieron falta para que fuera cierto que “el sonido del ciclomotor se fue extinguiendo lentamente en la cabeza de Anselmo Cifuentes pero no tuvo tiempo de dejarle el más leve recuerdo porque de nuevo resonó la voz del policía en lo profundo de la noche: <<Entréguense y no les haremos daño>>”, cuando aparco junto a una farola que hay en la carretera comarcal según se va a Sangenjo para fumarme un pitillo, me llama mi novia al móvil y me suelta, ¿sabes quién se acaba de morir?, lo han dicho por la tele, ¿quién? contesté con cierta prevención, Arturo Pérez Reverte, me dijo entre lágrimas. Se imaginarán lo que pude pensar en ese momento. Pero, como le pasó a Anselmo Cifuentes, no tuve tiempo para nada, porque en ese momento se cortó la comunicación y dejé de ver a mi alrededor. No es que se apagaran las luces o que mis ojos se cerraran. No. Sencillamente la novela se había detenido. Esto, como ustedes comprenderán, es algo terrible. No es que el tiempo se hubiera detenido. Eso es de lo más frecuente en las novelas. Basta con que el autor diga una frase del estilo de “cuando Amanda abrió su blusa, el tiempo se detuvo”. Y el tiempo se para en seco, sin más ni más. ¿Ven qué sencillo? Sin embargo esto era distinto. Había dejado de haber tiempo, como había dejado de haber personajes u olas en el mar. Tan sólo había un tiempo pasado que se había cortado bruscamente, sin nada que lo sustituyera. Se interrumpió el hilo y todo ingresó en una gran nada, en una nada tan vacía que ni siquiera llegaba a ser ausencia, desesperanza u olvido, una nada sin peso en la que todo se disolvía. No sé cuánta nada tuvo que atravesarme el cuerpo para que yo, Melchor Frías, recuperara mi voz, mi espec-

to soñoliento, mis ojos sin color, tal y como me ven ahora. El caso es que, aparentemente, soy el mismo de siempre ¿Entienden ahora por qué me sudan las manos? Creo que sé lo que sucede. En realidad mi voz persiste en los borradores de “No basta con ser malvado”. Deduzco que Arturo pensaba hacer de mí un personaje importante y por eso sigo aquí y no se ve ni rastro de Cifuentes o de los policías, no hay un solo bulto de la droga que llevaban en la lancha y mi Yamaha ha desaparecido. No sé qué idea tenía, la verdad, pero lo que es seguro es que me queda poco tiempo y tienen ustedes que ayudarme antes de dejar de leer. Lo tengo todo pensado. Ya verán lo fácil que es. Ayúdenme, se lo suplico. Cojan un papel en blanco y, a mano, para que duela menos, escriban el nombre de Arturo completo, es decir, Arturo Pérez Reverte, y luego escriban “No basta con ser malvado. Capítulo 40”. A continuación escriban que Melchor Frías odiaba a Anselmo Cifuentes porque se había quedado sin su parte del botín. Pueden también sacar a relucir el episodio en el que Anselmo Cifuentes me robó en el colegio la bicicleta para ligar con mi novia de entonces, Laura Santamaría. Y ahora viene lo más importante. Es imprescindible que no les tiemble el pulso. Escriban que vacié el cargador de mi pistola hasta que Anselmo Cifuentes se desplomó con rencor a mis pies. Y a continuación, sin perderse en romanticismos, y sin hacer referencia al reguero de sangre que le caía a Anselmo de la boca, escriban que me arrojé al mar. ❖